

Relatos para soñar, sentir y seducir



Clara H. Vial
Lady Amac
Lin Marrod

Título: *Relatos para soñar, seducir y sentir*
Primera edición: Febrero 2023
© Del texto: Clara H. Vial, Lady Amae y Lin Marrod
Sello: *Independently published*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su reproducción a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o en cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículo 270 y siguientes del Código Penal).

Imágenes interiores: Canva Pro (martinezmayelin709@gmail.com)

Imagen de portada: Canva Pro (martinezmayelin709@gmail.com)

*A quienes se atreven a soñar, pero sobre todo, a los que son capaces
de traer esos sueños a su realidad.*

*Abrir una puerta, puede ser mucho más que abrirse a nuevas
oportunidades.*



Clara H. Vial

El éxtasis es la fusión de dos convertidos en uno.



Lady Amae

Si has de vivir atada, que las cuerdas sean para desatar el placer.



Lin Marrod

PRÓLOGO **5**

EL ACOSADOR **6**

CINE Y PALOMITAS **34**

UN ENCUENTRO CON EL PASADO **39**

Prólogo

Una antología que nace de la unión de tres autoras con estilos diferentes, pero que sueñan con lo mismo, que creen en el amor y vibran con la seducción.

En una aventura especial para San Valentín, han decidido unir sus plumas para traernos relatos que no te dejarán ajeno, porque son crudos en su forma, en su fondo, pero sobre todo, porque reflejan algo de realidad en un espejo de fantasía.

A Clara, una tormenta de emociones la llevó mucho más allá de lo que pensó que sería capaz de dar, la llevó al extremo de lo nuevo.

A Lady Amae, su universo de sombras, luces y ataduras se fundió en una simbiosis con sus pensamientos, deseos y pasiones que la llevaron a crear estas historias.

A Lin se le juntaron las angustias, los anhelos, los sueños largo tiempo reprimidos... Se dejó llevar por ellos y dejó un pedazo del alma en estas historias.

ADVERTENCIA

Los relatos para Soñar, Seducir y Sentir, son para mayores de 18 años, aunque hay romance, contienen lenguaje con escenas sexuales explícitas y contenido sensible para algunos lectores.

Si estás de acuerdo con eso, enciende una vela aromática, sírvete una copa de vino, ponte los audífonos para que escuches la playlist del libro. Es hora de sumergirte en sus páginas y disfrutar de una experiencia para el cuerpo y el alma.

El acosador



Siempre he sido muy buen observador. Algunas veces he pensado que es un don, pero muchas otras, que es una maldición.

Descubrir la tristeza en los ojos de la gente, interpretar su lenguaje corporal y leer las desdichas ocultas bajo sonrisas fingidas es algo que nunca he podido evitar.

No elegí ser como soy. Aprendí desde muy pequeño a detectar la menor señal de alarma en el comportamiento de una persona. Tuve que hacerlo, porque de ello dependía mi vida.

Por motivos que hasta la fecha no he logrado entender, mi don me falló cuando más lo necesitaba: me enamoré de la mujer equivocada. No lo vi venir, y cuando quise darme cuenta de mi error, ya no había vuelta atrás.

El día que sentí el deseo de apretarle el cuello, supe que mi cordura estaba en juego. Me horrorizaron mis pensamientos violentos. Yo no era ese hombre, no quería serlo. Me prometí a mí mismo que amaría a las mujeres, que las veneraría y respetaría sin importar cuánto pusieran a prueba mi paciencia y buena fe.

Me cansé de lidiar una y otra vez con los mismos problemas y di un paso atrás: rompí todo lazo con ella en bien de mi tranquilidad espiritual.

No quiero a otra mujer así en mi vida. Decidí esperar a la que se atreva a sumergirse en mi alma para descubrir el amor que a nadie he podido dar. Mientras la sueño llegar, las aves me acompañan; encontré en observarlas la calma que necesitaba.

Aquel día desperté sin imaginar que ese sería el primero de una nueva vida. Me dirigí a un bosque recién descubierto. Era el lugar ideal. Con la migración, mi entretenimiento favorito llegaba al punto culminante.

Salí del camino de grava y me adentré en el grupo de olmos. Me senté al pie de un árbol y limpié los prismáticos. Un trino desconocido me llamó la atención. Enfoqué en su dirección y mi visión se llenó con una melena rubia.

Ella estaba sentada en el banco del sendero. Tenía los pies recogidos, se abrazaba las rodillas y apoyaba la cabeza en ellas. El lacio cabello le rozaba la cadera.

Esa imagen vulnerable despertó mi instinto protector. Mantuve los prismáticos fijos en ella: había algo sospechoso en su abandono. La calma que emanaba llegó a asustarme. Ni siquiera percibía el movimiento de sus hombros por la respiración.

Estaba decidido a acercarme, pero cambié de idea cuando levantó la cabeza. Lo que vi me hizo tragar saliva. En esos hechizantes ojos azules estaban las tres “T”: tristeza, tormento y temor. Lo supe porque era como verme al espejo en el peor de mis días. Cuando ella miró a ambos lados del sendero, me escondí detrás del tronco a riesgo de parecer un acosador.

Me estremeció el grito que salió de su garganta. Jamás había escuchado a alguien gritar así. Olvidé las aves cuando se cubrió el rostro con las manos y lloró desconsolada. A medida que sus hombros temblaban, se encogía cada vez más en el banco. Luché contra la tentación de acercarme; habría sido una locura.

No podía escuchar su llanto, porque estaba demasiado lejos; pero lo sentía en cada poro de mi piel. Las lágrimas de una mujer siempre han sido mi criptonita.

Mil teorías llenaron mi cabeza. La preocupación creció gradualmente con cada una de ellas. Nada bueno auguraba el comportamiento de la desconocida.

Minutos después, dejó de llorar, se levantó y se limpió el rostro. Se marchó como si nada hubiera pasado. Yo no pude resistir el impulso de seguirla: tenía que saber quién era y descubrir la causa de su desdicha.

Manteniendo la distancia, la vi entrar en una impresionante casa situada en el borde del bosque. Solo había cinco

construcciones en ese exclusivo paraje. Nunca me había fijado en ellas ni en sus ocupantes.

Ese día, esa mujer convirtió a un observador de aves en un acosador. No estaba a gusto con eso, pero la curiosidad me pudo, al igual que el sentimiento que su momento de debilidad había despertado en mí.

Recorrí el lugar y encontré el escondite perfecto. Desde mi sitio de observación, descubrí dos niños jugando en una de las habitaciones. A punto de anochecer, llegó un hombre. Ver la manera en que la besó en la cocina y el gesto de ella cuando él se marchó, dispararon todas mis alarmas. Para otra persona quizá hubiera pasado desapercibido, pero no para mí. Su comportamiento en el bosque comenzó a tener sentido.

Me fui a casa sintiéndome vacío. La impaciencia por volver carcomía mi sosiego. No dormí. Muchos recuerdos de la infancia atormentaron mi desvelo. El alba me sorprendió mirando el techo de la habitación. Sin saber a ciencia cierta si iba a encontrarla, puse en marcha el todoterreno y me comí el desayuno mientras conducía.

Tomando mil precauciones, llegué a mi escondite. Desde él dominaba prácticamente toda la casa. Los grandes ventanales de cristal se convirtieron en mis mejores aliados.

Un suspiro de alivio se me escapó al verla aparecer en la cocina. Llevaba un pijama con diseño de ositos y corazones, y el cabello recogido con algo que parecían palitos chinos. Me sumergí en su mundo. Se movía por la enorme casa como reina en sus dominios. Deseé ser ese hombre que apenas se tomó el café, solo un puto café!, de un desayuno regio que ella había preparado con tanta habilidad, que me recordó mi torpeza en la cocina.

Sonreí tontamente cuando ella apareció en la habitación de los niños y saltó sobre la cama. Rodaron sobre el colchón en un revoltijo de manos y piernas. Era una imagen con la que siempre había soñado para mí: una esposa, un hogar e hijos que completaran mi vida. Jadeé al imaginar que esa era mi realidad.

“Daría la mitad de mi vida por llegar a casa y encontrar una situación similar esperándome”, pensé.

Sus pies descalzos captaron mi atención. Me resultó tan íntimo ese detalle... Di gracias mentalmente al arquitecto que diseñó la casa, pues me permitía ver a mi dulce desconocida en la mayoría de las habitaciones.

Se dirigió con una taza de café a una pequeña salita. Estaba situada en la esquina noroeste. Las paredes que daban al exterior eran todas de vidrio. En el momento en que me preguntaba que hacía allí, ella miró hacia el bosque. Pensativa, se bebió el café y salió de la pequeña habitación.

Apareció cinco minutos después con un caballete que colocó junto a la ventana. El lienzo, sobre la estructura de madera, quedó expuesto a mi mirada. El objeto de mi adoración había plasmado sus sentimientos en ese cuadro. Era oscuro y retorcido. Cada una de las formas pintadas sobre la tela parecía gritar por ayuda.

Sin darme cuenta, me había erizado de pies a cabeza. Segundos después, descubrí por qué era tan vívida esa pintura. Pintaba mientras lloraba sin consuelo, el pincel bailaba con furia sobre el lienzo, como si quisiera rasgar todo a su paso.

Aparté la vista. No podía presenciar el momento en que la mujer dulce, alegre y cariñosa que minutos antes jugaba con los niños, se desmoronaba dando paso a un alma atormentada que parecía estar al borde del suicidio.

Ya no me quedaban dudas. No la había encontrado por casualidad. Me necesitaba tanto como yo a ella. Después de haber visto esa escena, no podría alejarme ni aunque lo intentara con todas mis fuerzas.

Él regresó y yo volví a casa de mala gana. Tenía un hambre atroz. El día había pasado y, observándola, olvidé comer y beber. Había olvidado hasta mi propia vida, porque si me hubiera descubierto algún millonario de los que vivían a la redonda, me hubiera disparado y alegado defensa propia.

Aun así, decidí que regresaría. El riesgo de muerte era nada comparado con la sensación en mi pecho cuando imaginaba que no volvería a verla. Necesitaba saber con certeza por qué una mujer con una vida perfecta había gritado hasta quedarse sin fuerzas en un apartado sendero del bosque.



Era mi quinta semana de observación. Deseé que alguien le explicara a mi bella desconocida que su modo de vida, sus rutinas, eran su mayor enemigo. Sabía exactamente dónde encontrarla a cada hora del día. Ella era como un reloj perfectamente sincronizado. Una presa fácil a un loco como yo, porque a esas alturas no me quedaban dudas, estaba más loco de lo que pensaba.

Había movido todas mis influencias para descubrir quién era y seguía en el mismo punto. Me preocupaba que en un mundo digital, la búsqueda visual que hice no encontrara una sola foto suya. No parecía lógico, dado el status social que saltaba a la vista. Seguí investigando y me aferré a una última esperanza de éxito antes de entrar en pánico. Tenía pruebas suficientes para saber que en esa casa las cosas no eran lo que parecían.

Si antes estaba decidido a saberlo todo sobre ella, ahora estaba seguro de que observarla no sería suficiente. En mi desesperación, había tomado una decisión extrema. La esperé en el súper. Su primera visita siempre era al pasillo de los lácteos y ese era el lugar ideal para dejar una nota en el bolsillo trasero de sus jeans.

Cuando se detuvo con esa expresión de niña curiosa a leer el envase de la nueva marca de yogur, tomé mi oportunidad. Lamenté perderme la expresión de su rostro cuando leyera la nota que le había escrito con mano temblorosa.

La noche me sorprendió. Regresé a casa y, acostado en la cama, los detalles del encuentro en el súper, tres días atrás, invadieron mi mente.

Fui de los primeros clientes. Merodeé por todos los pasillos mientras la esperaba. No necesité verla para saber que había llegado. Mi cuerpo detectó su aura a kilómetros. Caminé hasta la nevera de los helados y sonreí al ver que se detenía frente a

los nuevos productos. Suspiré cuandoladeó la cabeza y se mordió la uña del dedo pulgar mientras analizaba las etiquetas. Ella acostumbraba a ir cada dos días, me encantaba verla allí. Se relajaba, como cuando tarareaba sola en la soledad de su cocina o cuando jugaba a las cosquillas con los niños.

Yo no era el único que disfrutaba su presencia, al viejo conserje también se le iluminó el rostro al verla aparecer y ese día descubrí el motivo. De todas las personas que visitaban el lugar, ella era la única que le devolvía los buenos días y se detenía a cruzar alguna que otra palabra con él. Envidiaba a ese viejecito de rostro bondadoso, pero estaba decidido a cambiar mi suerte.

El conserje se acercó a ella, ansioso como yo, de escuchar su voz y disfrutar su sonrisa. Era mi momento. Caminé hacia ellos y rocé al anciano, lo justo para crear una pequeña confusión que me permitiera deslizar la nota en el bolsillo de sus jeans. Ella se lanzó a sostenerlo y nuestros rostros quedaron a escasos centímetros. El conserje, sujeto por ambos, nos miró con cara de circunstancia, o eso me pareció. Yo no podía pensar con claridad, estaba hipnotizado por los ojos azules que me miraban interrogantes.

—Me entretuve mirando la etiqueta —dije a modo de justificación—. Lo siento.

—No se preocupe, señor —dijo el conserje—, estoy bien.

Ella me miró con cierto reproche, pero valió la pena: regresará a su casa con mi nota en el bolsillo. En cambio, yo necesitaría de todo mi conocimiento de yoga y meditación para calmar la hoguera que la chispa de sus ojos prendió en mi alma.

Mi yo egoísta e insaciable se impuso y aproveché la oportunidad de tentar la suerte.

—Lo invito a desayunar. También a usted, señorita.

—No puedo aceptar —musitó el anciano—, va contra las reglas.

—Yo le agradezco, pero debo regresar a casa —dijo ella, y agregó con seriedad—. Y es señora.

—Por favor, me haría muy feliz que desayunemos juntos — insistí, y miré al desconcertado conserje—. Si me permite, hago una llamada y resolvemos esto.

El anciano me miró con la boca abierta y ella apretó el asa de su bolsa de compra. He visto ese gesto de inseguridad tantas veces a través de mis prismáticos que no me pasó desapercibido.

Nunca le había pedido un favor a Jeremy, pero hoy lo necesitaba. Cuando pedí su autorización para desayunar con el conserje de su flamante súper, casi pude ver su cara a través de la línea. La de ella la tenía justo al frente y valía cualquier cosa que ese demonio de amigo me pidiera a cambio de un “inocente” desayuno.

Inseguro, el anciano cogió el móvil que le ofrecí. Asintió sin decir palabra. Ella no se había movido de su posición. Me miraba como si quisiera adivinar quién diablos era yo. Su momentáneo interés por mí fue más de lo que buscaba ese día.

Mis rezos estaban funcionando y deseé que fueran lo suficientemente convincentes, porque después de esa mirada, esa mujer desayunaba conmigo o el diablo vendería billetes. Sabía cómo lograrlo, conocía todas sus debilidades.

—Señora, desearía que cambiara de opinión y nos acompañara. A mi nuevo amigo le hará falta su presencia. Yo soy un desconocido, pero con usted parece sentirse cómodo y quisiera que disfrutara su desayuno. ¿Nos haría el honor de compartir al menos un café?

No me esperé su mirada. Ni siquiera dudó. Levantó la barbilla y asintió con una seguridad que me dejó con la boca abierta. Tuve que tragarme un gemido al ver la sonrisa que dirigió al conserje.

—Acepto. Soy Isabela. Nuestro amigo es el señor Patel.

—Soy William. Es un placer inmenso conocerlos —dije, y les señalé el camino hacia la cafetería.

Había resultado un día especial. Tenía compañía para desayunar, Isabela llevaba mi destino en el bolsillo de sus jeans y ese bondadoso señor se había convertido en algo “nuestro”. Fueron las palabras de ella. De solo recordarlas, mi día se iluminó.

Si hace un año alguien me hubiese dicho que experimentarí­a ese estado de ansiedad, de excitación; que no dormirí­a anticipando el placer de verla en la mañ­ana y descubrir sus labios tarareando una melodí­a recostada en la encimera de su cocina, jamás lo habrí­a imaginado.

Ella habí­a socavado mis recuerdos. Sacó a la luz todo lo que deseé y que nunca experimenté. Me devolvió mis sueñ­os de un hogar, hijos, un perro y una casita con jardí­n y valla blanca.

Habí­a apostado mi futuro y mi felicidad a una pequeñ­a hoja de papel. Mis objetivos habí­an cambiado. Ya no me conformaba con observar aves mientras esperaba a la mujer de mi vida. Hací­a cinco semanas que habí­a encontrado a la mujer de mi vida. Me propuse tentarla hasta que se diera cuenta de que yo era lo que le faltaba a su vida, aparentemente, perfecta.

Sabí­a la verdad que se escondí­a detrás de un matrimonio “envidiable” y una familia “feliz”. Era espectador diario, en primera fila, de una obra de teatro que estaba destrozando a mi preciosa desconocida.

A él lo odiaba mil veces más de lo que la amaba a ella, porque malgastaba su poder en destruirle la autoestima. Necesitaba someterla para sentirse hombre. Ni siquiera era capaz de recompensar adecuadamente su amor y lealtad.

Tambié­n sentí­ lástima, porque iba a sacar a la luz la fuerza que esa mujer desconocí­a que tení­a y, entonces, el juego estarí­a parejo. Deseaba ver su reacció­n cuando ella, por primera vez, no bajara la cabeza y lo mirara a los ojos con una luz nueva en su expresi3n, cuando exigiera más que las migajas que recibí­a a cambio de una entrega con la que muchos soñábamos, y que él era incapaz de valorar.

Recé cada dí­a de la ú­ltima semana. Habí­a pasado mucho tiempo desde la ú­ltima vez, pero necesitaba de todos los poderes para el é­xito de mis planes. Ansiaba demostrarle a esa mujer, aunque me dejara la vida en ello, que tení­a el poder suficiente para poner de rodillas a Alejandro Magno.



El sonido inconfundible de la notificación me hizo saltar de la cama. Después de cuatro días insoportables, ella había tonado su decisión. Con el corazón acelerado, me senté ante el portátil. Dos palabras llenaron mi visión:

—¿Quién eres?

Aunque había repasado mi plan hasta el cansancio, me vi sin palabras. Temeroso de asustarla, de perder esa vía de comunicación, me encomendé a Dios y tecleé:

—Seré quién quieras que sea, Isabela.

Pasaron tres agónicos minutos antes de recibir su respuesta.

—¿Eres el hombre del súper?

Sonreí. La mujer de mis sueños no me había decepcionado.

—Lo soy.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué quieres de mí?

—Quiero todo de ti, Isabela. Quiero a la mujer que has estado reprimiendo.

«Maldición, William. Eres un insensato»

Pensé ir despacio, escoger con cuidado las palabras para no asustarla, y acababa de hacer todo lo contrario. Me recosté en la silla y esperé resignado las consecuencias de mi arrebato.

—No sabes nada de mí. Ni siquiera intentes juzgarme.

Sus palabras hicieron que me incorporara de golpe. Decidí jugarme todo a una carta.

—Eres un ave en jaula de oro. Te estás muriendo lentamente. La mujer que gritó en el sendero del bosque está pidiendo que la dejes al mando. Escúchala, es ahora o nunca.

La respuesta tardó dos segundos.

—¿Cómo sabes eso? ¿Quién eres?

—Lo importante es que lo sé, no cómo lo sé. Sabes quién soy, tú lo dijiste, soy el hombre con el que desayunaste hace cuatro días.

—¿A cuántas mujeres le has hecho lo mismo?

—Me ofendes. Eres la única que me interesa. Me muero por ver a la mujer que puedo intuir en ti. Sueño con esa mujer.

—Eres un enfermo y yo una loca por seguir tu juego.

—Te equivocas tres veces. No soy un enfermo, más bien, soy tu sanador. No estás loca, solo desesperada. Esto no es un juego, es el inicio de un camino en el que vas a enfrentarte a ti misma hasta que recuperes tu verdadera esencia.

Golpeé la mesa de pura impotencia. Quería decirle todo eso a la cara. No me conformaba con imaginarla encogiéndose en su asiento al leer eso. Si la había observado bien, y sabía que lo había hecho, debía estar mordiéndose la uña del dedo índice izquierdo.

Me levanté por mis cigarrillos sin quitar la vista del portátil. Regresé y me senté. Los minutos pasaron mientras yo miraba fijamente el chat. No estaba escribiendo. Temí que las anteriores fueran sus últimas palabras.

Estaba aplastando el cigarrillo en el cenicero cuando ella respondió:

—Voy a seguir tu camino. La curiosidad me obliga, pero antes tendrás que decirme de qué manera te has formado esta idea de mí. Contesta con total honestidad o serán mis últimas palabras.

«Aquí vamos», pensé dispuesto a todo.

—Hace cinco semanas te escuché gritar en el bosque. Te seguí a casa y desde ese día te observo, desde el amanecer hasta que te vas a dormir. Te he visto llorar, reír. He visto cómo te limpias las lágrimas mientras friegas los platos. La manera en que te transformas cuando estás con tus hijos. Te he visto acariciar tu cuerpo frente al espejo, ¿cuándo vas a quitarte la bata y mirar lo hermosa que eres? ¿Cuándo vas a decirle a él que no quieres, en lugar de aceptarlo sobre ti, en ti, mientras desvías la mirada y te muerdes el labio inferior?

—Basta.

Ignorando el miedo y la vergüenza que ella debía estar sintiendo al sentirse expuesta, la ataqué. Mis dedos volaron sobre el teclado.

—No he terminado, Isabela, no vuelvas a interrumpirme. Aún no contesto tus preguntas. Querías saber sobre tu verdadera esencia... Yo digo que eres un volcán que lleva demasiado tiempo dormido, pero no por mucho más. Mañana sabes que estaré observando cada movimiento tuyo y lo haré cada día. Tienes dos opciones: delatarme o hacer cada cosa que pida, porque voy a desafiarte hasta que tu erupción haga tambalear los cimientos de esa hermosa y vacía casa que tienes.

Silencio total. Estaba dispuesto a aceptar mi derrota cuando un archivo de audio apareció como una nueva y pequeña esperanza de seis segundos.

—Voy a seguirte el juego. Al menos no voy a aburrirme.

—Gran error. Ya dije que no es un juego.

Los audios siguieron apareciendo.

—¿Qué ganas con esto? ¿Te has propuesto martirizar a mujeres reprimidas? ¿Acaso has apostado con alguien a que podías convencerme de seguir tu juego? No escribas, quiero oír tu voz.

Casi salté de la silla. Estaba en lo cierto con ella. Había mucho más de lo que me había imaginado debajo de su timidez e inseguridad. Tomé los audífonos y acaté su orden sonriendo.

—Te dije que no es un juego, Isabela, cuanto más rápido lo entiendas, mejor. No apuesto, nunca lo he hecho. En cuanto a las mujeres, las venero, y mi definición de martirizarlas nada tiene que ver con la tuya. Un día lo descubrirás y ese día lo marcarás en el calendario como el primero de tu nueva vida.

—Eres un creído.

Mis carcajadas se escucharon en toda la habitación. Hacía mucho tiempo que no reía así.

—¿Lo soy? Tendrás que averiguarlo.

—¿Cómo sabes que mañana la policía no estará esperándote?

—No lo sé, y de eso se trata. Tú confiaste en mí al comunicarte a un número en un papel que encontraste en tu bolsillo. Yo voy a confiar en que entiendas que jamás te lastimaría, que solo quiero descubrir a la mujer que me quita el sueño.

—Ahora mismo no sé ni que decir. Esto es acoso. ¿Lo sabes?

—Sí, pero no soy el enemigo. Quiero que veas esto como un regalo, y confieso que hay mucho de egoísmo en él, porque deseo que esa mujer que escondes me vea como la pieza que falta en su vida.

—¡Estás loco!

—Puede ser, pero te reto a seguir el camino que este loco te señala. Dame un mes. Si en ese tiempo no logro sacar a la luz a esa mujer que reprimes, dejaré de molestarte y jamás volverás a saber de mí.

Fumaba el sexto cigarrillo, a punto de darme por vencido, cuando el sonido tan deseado de la notificación me sacó de mis pensamientos.

—Esto no está bien.

Me levanté de la silla con el corazón a punto de escapar por mi garganta. Aplasté la colilla y respondí de corrido.

—Si lo está. Lo único que pido es que me dejes mostrarte que hay otra vida. Mañana dejaré un paquete en tu puerta, y ahora voy a hacerte mi primer pedido. Tienes mucho talento, quiero que lo uses con un nuevo sentimiento. No vuelvas a pintar oscuridad. Piensa que la luz llegó a tu vida. Ya no estás sola. Estoy aquí para ti.

—Debo estar loca. Estoy mucho peor de lo que creí para aceptar lo que propones. No entiendo que obtienes a cambio.

—Devolverte a la mujer que sepultaron el desamor, la decepción y las humillaciones, ese es mi premio.

—No tiene sentido. Hablas como si me conocieras de toda la vida.

—Solo necesité una tarde para saber quién eres.

—Eso es imposible.

—Dime algo, ¿has imaginado una vida diferente para ti? ¿Has rezado para pedir un cambio en tu vida? ¿Has pensado en el suicidio a pesar de que tienes dos preciosas razones para vivir?

La respuesta a mis preguntas fue un “sí” que apenas pude escuchar sobre el sollozo entrecortado que me hizo tragar saliva.

—Déjate llevar, Isabela. No tienes nada que perder, pero sí mucho que ganar.

—Tengo miedo.

—También yo, porque creí que ya no había nada para mí, y te encontré. Estoy aterrado, porque la mujer que soñé tiene dueño. Pero, mucho peor, es infeliz y muy vulnerable y yo muero de impotencia. Olvida lo que dije antes. Mi egoísmo se hace añicos contra todo lo que representas para mí. Déjame ser tu amigo. No pido nada más que tu permiso para ayudarte. Necesito saber que estás bien.

Pasó una hora y no respondió. Vi mis sueños de un futuro con ella desvanecerse ante mí. Golpeé el escritorio. Me negaba a la idea de dejarla a su suerte. Llegué a la cama como pude: me había quedado sin fuerzas. El vacío de mi pecho dolió más que nunca. Estaba rumiando toda mi frustración cuando el portátil se encendió. Caí de pie ante él. Una sola palabra brillaba en pantalla:

—Acepto.



En alguna parte leí que la felicidad es un estado mental. No lo sabía. Creía que la definición de felicidad se ajustaba a cada persona de forma diferente. Ese día, mi felicidad tenía unos hermosos ojos azules con chispas plateadas, una melena rubia que le rozaba la cintura y un conjunto de seda negro y rojo. La bata, con adornos de encaje, la cubría hasta los tobillos. Adivinaba la camisola de finos tirantes bajo ella, y podía ver el lazo que la mantenía cerrada al frente.

Cogí mi móvil y contuve una sonrisa al ver su sobresalto cuando el suyo vibró sobre la encimera. Miró nerviosa a la entrada de la cocina.

Isabela no sabía que él estaba en la habitación haciendo exactamente lo mismo. Lo veía mirar nervioso a la puerta

mientras su rostro se transformaba con una expresión de lujuria. No lograba entender qué clase de mujer ocupaba sus atenciones cuando tenía bajo su techo a mi dulce Isabela.

Él iba a ponérmelo muy fácil. Aunque le dije a ella que nunca apostaba, hice una excepción. Iba a jugármela. Cuando mi hermoso volcán hiciera erupción, él no permanecería ajeno a eso, nadie con sangre en las venas podría hacerlo.

Aposté mi futuro y felicidad a una mujer que, en breve, tendría el poder para decidir su destino. Cuando mi hermosa crisálida se convirtiera en mariposa me daría por satisfecho. Que me eligiera sobre él o cualquier otro sería el plus que había esperado toda mi vida.

Sí, era egoísta, quería más. Ella era la culpable de que no pudiera mantener mi papel de amigo. No había amistad que soportara el embrujo de esa mujer.

Volví a marcar su número y, esa vez, se atrevió a responder.

—No hagas esto. No me llames cuando él está en casa, por favor.

Su voz temblorosa me hizo contener el aliento. Colgó la llamada y desapareció de la cocina.

Habían pasado cuatro meses desde la primera vez que había dejado una caja junto a su puerta. Los pinceles y pinturas dieron paso a cuanto regalo había sido creado en este mundo para hacer feliz a una mujer como Isabela.

Nuestras conversaciones en el chat mejoraban a medida que recobraba la confianza. Llegaron a tal punto, que se negaba a tocar temas personales, porque yo leía entre líneas en cada palabra suya y hacía realidad sus anhelos por las cosas simples que adoraba.

Nuestro juego, como ella lo llamaba, había cambiado. La caja de ese día contenía el exquisito conjunto de lencería que llevaba puesto. Las cosas se habían puesto serias la noche anterior. Sus tímidas respuestas, a cada pregunta que accedió a contestar, me dejaron bajo el agua helada a plenas dos de la madrugada.

Esa mujer encendía mi libido con un simple “buenas noches”. No era de extrañar que me dejara a punto de aullar con

solo mencionar que en la cama prefería estar arriba. Me la imaginé a ahorcadas sobre mí y casi pude escuchar el crujir de mis músculos. Ella era mi tormento, mi locura, mi pecado...

Volvió a aparecer en la cocina. Habría jurado que estuvo escondida junto a la puerta todo ese tiempo. Veía muchos avances en ella, pero aún no se acostumbraba a que la observara cada día. En el chat había comenzado a ganarse el *suma cum laude* por atrevida. Expuesta a mi mirada, seguía siendo la chica tímida que apenas se atrevió a levantar la cabeza el día que desayunamos con el entrañable señor Patel.

Me cercioré de que él seguía atendiendo una llamada en el dormitorio y envié un mensaje a su WhatsApp:

—Desata la banda. Quiero la bata abierta.

—No.

—Hazlo, Isabela o iré a pedírtelo en persona.

No podía creerlo cuando la vi fruncir el ceño y mirar con furia hacia el bosque.

«Dios, esto se pone interesante», pensé esperando su siguiente paso.

Dejó el teléfono sobre la encimera y se acercó al ventanal. Sus ojos me buscaban en la espesura del bosque. Apreté los prismáticos en mi mano cuando ella desató el lazo mirando desafiante a la distancia.

Jadeé al ver la bata resbalar hasta sus antebrazos. Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en mi rostro cuando extendió una mano hacia el lateral, a la altura del hombro, y dejó caer la bata al suelo de la cocina. Respiraba entrecortado con la ceja enarcada y los labios apretados. No esperé esta faceta desafiante y mi entrepierna, mucho menos.

«Eres perfecta. Eres más de lo que imaginé, mi preciosa Isabela, solo necesitabas un empujoncito en la dirección correcta», me dije mientras devoraba cada curva que marcaba la seda sobre su cuerpo.

La parte difícil de ser un acosador destruyó mi momento de felicidad. Lo vi atravesar la casa en dirección a la cocina y mi sangre comenzó a hervir. Esperé ansioso su reacción cuando viera el regalo que tenía esperándolo.

Ella estaba de espaldas. No pudo ver el paso hacia atrás que él dio cuando sus ojos la encontraron. Su expresión fue como si se hubiera equivocado de casa y de cocina.

Me llamé a la calma al verlo caminar hacia ella, que ya se había girado. Aunque no podía verla, sabía que apartaba la mirada mientras él le acomodaba el cabello tras la oreja. Gruñí al verlo rodear su cuerpo y besarla. Sus manos se cerraron sobre las nalgas y aprisionó el cabello de ella en el puño.

«No lo abrases. No lo hagas, Isabela. Tú tienes el control», pensé al verla inerte en su abrazo. Sus manos colgando junto a su cuerpo.

Suspiré aliviado al ver que él la soltaba y se separaba. La miró como quien sabe que sus amaneceres no volverán a ser lo mismo. Temí una reacción violenta de su parte, pero los niños irrumpieron en la cocina.

Mi corazón se estremeció al ver la mirada de admiración en sus rostros infantiles. De la mujer despeinada que usaba pijamas sobre tallas, no quedaba nada. Era una visión renovada, una mujer que volvía a saberse bella. La pizca de sensualidad que emanaba de ella era la prueba.

Deseé ser la manita que acariciaba el rubio cabello de Isabela cuan largo era. Las bocas que, entre risas y abrazos, le llenaban el rostro de besos.

La nueva mujer que encontraron no fue suficiente para cambiar la misma rutina de siempre. Él tomó un café de pie mientras revisaba el móvil. Los niños apenas bebieron un yogur, pendientes del momento en que su padre dejara la taza sobre la mesa.

Mi infancia no tenía comparación con nada, pero la manera en que esos chavales intentaban pasar desapercibidos y su afán por hacer las cosas bien, a ojos de su padre, era un comportamiento que conocía de primera mano.

Él se fue con los niños y la casa se sumió en el silencio. Tragué saliva cuando ella miró la mesa. Otra vez se marchaban sin entender su mensaje. Ella se esmeraba preparando un desayuno que disponía para cuatro, cuidando cada detalle, para cada día terminar desayunando sola.

Ella miró las delicias que había preparado como si buscara en ellas la respuesta a su soledad. Marqué su número cuando se sirvió un café.

—Ni una lágrima, Isabela. Toma una bandeja, pon tu desayuno en ella y sal a la terraza.

Esperé a que se sentara y pusiera la bandeja sobre la mesita. Me costaba apartar la vista de la curva de sus generosos senos. Pensé que se cubriría con la bata para salir, pero ella ni siquiera la levantó del suelo de la cocina, donde antes la había dejado.

—Buenos días, mi bella Isabela. ¿Es decepción lo que veo en tus ojos? —pregunté al ver su expresión a través de la pantalla.

—Creí que vendrías.

Sonreí sin poder evitarlo. Mi volcán estaba despertando.

Las horas en el chat comenzaban a dar sus frutos. Su seguridad, la frescura que poco a poco sustituía la timidez, me hacían sentir felicidad y orgullo a partes iguales.

—¿Me querías a tu lado en esa terraza?

—Debo estar loca.

—Responde mi pregunta, Isabela.

—Sí.

—Gánatelo.

—¿Qué debo hacer?

Su pregunta estuvo a punto de hacerme caer del árbol que cobijaba mis insensateces. Pensé que escucharía un no rotundo y ella, otra vez, me sorprendía.

—Primero, come tu desayuno. Después, voy a enviarte mi nombre completo y el enlace a una página web. Quiero que investigues sobre mí para que tengas una idea de con quién estás tratando.

—Ya sé quién eres.

—Solo conoces la parte de mí que te he dejado ver. Esto que vas a leer es mi vida entera. Soy un ser humano. También cargo con mi cuota de errores.

—No busco perfección. Lo hice antes y me equivoqué. Aunque soy pésima juzgando a las personas, en ti confié desde

el primer día. No puedo explicarlo, es solo una sensación y no quiero perderla. Prefiero no leer sobre ti.

—Necesito que lo hagas. Si crees que deberías seguir con esto después de saber todo de mí, entonces, voy a pedirte que hoy no te detengas, que te desnudes ante el espejo y observes lo hermosa que eres.

—No puedo.

Esas palabras, dichas en un sollozo, me estremecieron.

—Puedes, y te ordeno que lo hagas. Me he preguntado muchas veces por qué solo te observas. Siento tu lucha. Quieres hacerlo, pero aún no te atreves.

—Me avergüenza mi desnudez.

Resoplé al ver que miraba las manos que retorció sobre el regazo.

—Levanta la cabeza, Isabela. Eres perfecta. Descubre el placer de tu cuerpo. Quiero que el día que dejes de verme como amigo, seas capaz de pedirme todo lo que te gusta.

—Si después de leer lo que me pides decido que no quiero seguir, ¿respetarías mi decisión?

—Lo haría sin dudar. No lo olvides, yo ordeno; pero tú tienes la última palabra.

—Voy a entrar a la casa. Hace frío.

—Sí, ya me di cuenta —respondí con una media sonrisa que la hizo bajar la vista a su pecho.

Los botones contraídos contra la seda de la camisola se definían perfectamente. Sus mejillas sonrosadas me hicieron suspirar.

—Tendrás mi respuesta hoy.

—La esperaré con ansias, mi bella Isabela.

Las horas más lentas de mi vida pasaron ante mis ojos. Intenté no pensar en negativo. No la encontraba en ninguna habitación. Supuse que estaba en el salón principal, una de las habitaciones de la casa a la que no tenía acceso. Me consolé con el pensamiento de que la mujer que me había desafiado desde el ventanal de la cocina, no se asustaría con la historia de un hombre que se cansó de una vida vacía y decidió hacer algo bueno para redimirse.

Deseé que mis actos del último año borraran el efecto de diez desenfrenados y cuestionables. Mi madre no estaría de acuerdo con esta decisión, pero no quería que Isabela entrara engañada en mi mundo. Quería que me viera como el ejemplo de que una vida sin sentido podía y debía ser cambiada.

Un movimiento en la casa me puso en alerta. El bosque repitió mi gemido al verla ante el enorme espejo de su habitación. Podía ver el nacimiento de sus senos bajo la bata de seda. Pensé que se quitaría la camisola, pero se había cubierto otra vez de pies a cabeza. Si pudiera, destrozaría ese conjunto que había comprado para ella.

Me resigné a que su mensaje de negativa, venía implícito en la manera en que había escondido de mis ojos la blancura inmaculada de su piel. Prometí que aceptaría su decisión, pero, en ese instante, solo podía pensar en echar su puerta abajo y besarla hasta que entendiera que era yo el que la necesitaba desesperadamente en mi vida.

Minutos que parecieron eternos se miró en silencio. Tragué saliva al ver las lágrimas correr por sus mejillas. Estaba a punto de gritar de frustración cuando se llevó la mano al lazo en su cintura y lo desató de un tirón. Dejé de respirar y abrí la boca como un tonto cuando deslizó la bata por los hombros y la dejó caer al suelo. Todo el aire contenido en mis pulmones escapó ruidosamente al distinguir, con total claridad, la plenitud de sus formas.

Estaba desnuda bajo la bata, y eso ni siquiera lo imaginé. Se contemplaba al espejo temblando como las hojas que me rodeaban. Gemí al ver sus manos deslizarse tímidamente por todo su cuerpo. Apreté la corteza bajo mis dedos cuando se acercó a la cama y se dejó caer de espaldas en ella.

Jadeé como nunca sin apartar los ojos de aquel cuerpo que se arqueaba de placer sobre la manta. Mis gemidos se sincronizaron con los de ella. Respiraba al mismo ritmo del pecho que subía y bajaba descontrolado. Sus manos, ¡oh, Dios! Deseé experimentar lo que sentían las yemas de sus dedos. Ansié escuchar los sonidos de una entrega que me había dejado en un puro temblor.

Mi cuerpo no respondió al férreo control con el que fue entrenado. Abrí la cremallera con desespero y me dejé ir con ella. Mi gruñido me sorprendió: lo que esa mujer había desatado era un animal dominado por los más bajos instintos

Le clavé los ojos hasta que llegó al ventanal. Otra vez sus ojos me buscaban. Vi el móvil en su mano y, segundos después, el mío vibró en el bolsillo.

—¿Qué sigue, William?

Mis carcajadas hicieron volar las aves alrededor.

Ella siguió con la mirada el emplumado revuelo y una sonrisa se dibujó en sus labios.

Sabía que no podía verme. No me importó que tuviera una idea aproximada de mi escondite, ahora sus ojos siempre mirarían en mi dirección.

—Espero que seas consciente de lo que acabas de hacer.

—Hice lo que me pediste.

—No, mi dulce Isabela. Has puesto mi vida de cabeza. Supongo que estás preparada para el siguiente nivel.

—Me pregunto cómo nos deja esto.

Ya no había timidez en su voz, solo curiosidad y, para mi deleite, una pizca de provocación.

—No cómo amigos, eso tenlo muy claro.

—Bien, porque ya no quiero ser tu amiga. ¿Qué pasará ahora? Creo que me he ganado algo bueno después de esta locura.

Suspiré aliviado. Isabela se liberaba de sus ataduras. Cada barrera que caía, me desarmaba.

—Mañana encontrarás otro paquete en tu puerta, úsalo para mí. No prepares ese desayuno especial de cada día, solo lo básico.

—Me siento engañada, pensé que obtendría algo más que lencería erótica.

Contuve las ganas de reír, de gritar mi alegría al mundo. Mi volcán cada vez me recordaba más al Vesubio.

—Cuando se marchen, te espero en la terraza. Yo me encargo del desayuno. Lo que te has ganado, lo quiero escuchar de tu boca. Atrévete a pedirlo y lo obtendrás, mi bella Isabela.



Ese día lo marqué en mi calendario. Había visualizado todos los escenarios posibles a fin de contener mi ansiedad, de asegurarme de que no iba a echar a perder la oportunidad que había esperado por años.

Mentiría si dijera que no sentí miedo. Temía a las preguntas que una mujer tan cauta como mi Isabela me tendría preparadas. Me preocupaba que a última hora se arrepintiera de su audacia y destruyera mis sueños de futuro.

Él se marchó con los niños y yo me instalé en su lujosa terraza. Dispuse el desayuno *gourmet* de uno de mis restaurantes preferidos sobre la mesita y me recliné en una de las tumbonas a esperarla. Cada minuto parecía una hora. Con las manos tras la cabeza y las piernas cruzadas, intentaba calmar mi mente.

El sonido de la puerta y las tímidas pisadas pusieron a mi corazón a latir desenfrenado. La bata azul la cubría. Me incorporé, y quedé a horcajadas sobre la tumbona. Imaginé el conjunto de lencería a juego bajo esa cascada de seda. Me preparé para todo, incluido su rechazo, pero no contaba con esa mirada entre anhelo y temor. El deseo se imponía al miedo, lo veía en sus ojos, y no me atrevía a creerlo.

—Buenos días, Isabela.

—¿Lo son?

Tragué saliva. Sin dudas, se refería al encontronazo con su esposo. Sabía que él no permanecería impasible a la nueva mujer que lo esperaba cada mañana en la cocina. Supuse que intentaría recuperar su amor, que haría malabares para seducirla. Si fuera él, lo habría hecho; pero ese imbécil le gritó cosas que no pude escuchar. La miró con desprecio después de tomarla por los brazos y sacudirla, consciente de que ella ya no estaba bajo su dominio. Di gracias a Dios de que no la golpeará,

porque nada ni nadie en este universo lo hubiera salvado de la paliza de su vida.

—Que lo sean solo depende de ti —respondí.

—No puedo más.

Extendí mi mano hacia ella. Si la aceptaba, contaría como la primera vez que la tocaba.

—Confía en mí —dije al ver su mirada preocupada vagar de mi rostro a mi mano.

Sus dedos se deslizaron por mi palma y atrapé su muñeca. Un pequeño tirón, y la senté sobre mis piernas. Podía notar su cuerpo contraído, escuchar el sonido entrecortado de su respiración.

—¿Me temes?

—¿Es cierto todo lo que has escrito?

—Lo es —respondí, consciente de la manera en que ella evadió mi pregunta.

—No te juzgo. No soy perfecta. El mal está en cada uno de nosotros.

—Así es, pero lo importante es sobreponerse a él.

—Quisiera tener el valor para cambiar mi vida como tú lo has hecho —dijo en un susurro.

—Lo estás haciendo. Tu problema no es tener valor, es descubrir exactamente lo que quieres cambiar, e ir a por ello.

—Quiero dejar de ser invisible. Quiero ser deseada, amada. Quisiera volver a hacer las cosas que me gustan y que he abandonado por demasiado tiempo.

—Pide, Isabela, mereces ser escuchada.

—Ya lo hice. Perdona que lo diga, pero intenté que él me entendiera. Le pedí recuperar lo que hemos perdido. Tuve mucho miedo de lo que un desconocido despertó en mí e intenté regresar a lo seguro, a lo que creo correcto.

Escuché su decepción, su derrota, en el suspiro de frustración que escapó de sus labios entreabiertos y contuve las ganas de gritar de alegría.

—Ya viste el resultado de la última conversación en mi cocina, al amanecer. Pedir no dio resultado.

—Porque estás pidiéndole al hombre equivocado. Pide y haré lo que sea para complacerte.

Necesité de todo mi control para contener la reacción de mi cuerpo al temblor que recorrió el suyo. Sabía que debía ir despacio, evitar asustarla más de lo que ya estaba, pero con mi bella Isabela era imposible. La mujer que intuía bajo las capas que había creado para protegerse, ponía mi cuerpo y mi mente en estado febril.

—Estoy confundida. No logro entender como he llegado hasta el punto de sentarme sobre las piernas de un hombre que apenas conozco. Me avergüenza haberme mostrado desnuda a tus ojos, haber...

Puse un dedo sobre sus labios.

—No has hecho nada mal.

—Lo he hecho... es la verdad —dijo al verme negar con la cabeza—. Me he comportado como una loca. No me gusta cómo me haces sentir.

—Isabela, ni siquiera tienes el valor de mirarme cuando me hablas. ¿Sabes por qué? Porque te engañas. Te gusta la mujer que yo he despertado.

—Es diferente cuando chateamos o cuando sé que me observas en la distancia. Es muy fácil ser una fresca cuando no te miro. La vida real es otra cosa.

—Por supuesto. La vida real es donde eres infeliz con un hombre que ya no soportas. Donde vives minuto a minuto la misma rutina vacía. Donde no has tenido el sexo alucinante que has deseado. Es cada día que pasa y no te atreves a desempolvar los pinceles que te regalé y pasas las horas mirando ese horrible cuadro.

—¡Ya basta!

—¿Sabes cómo le llamo a esa pintura que contemplas cada día?... Agonía. —Ella intentó levantarse. La retuve sobre mis piernas y la obligué a mirarme—. Tú lo pintaste tal como lo sientes.

—Crees que lo sabes todo de mí, pero te equivocas.

«Ya fue suficiente», pensé atrayendo hacia mí ese cuerpo que no dejaba de temblar.

Ella no necesitaba un caballero. Si me aceptaba en su vida, necesitaba que fuera conociendo todo de mí, que entendiera que renunciar a mi pasado no implicaba reprimir la pasión que ella me inspiraba. Quería que me viera como el ángel y el demonio que colmaría su vida vacía. No iba a pedir por favor, no iba a darle tiempo y espacio, ella no lo necesitaba.

Con la habilidad que generaba la práctica, la dejé a horcajadas sobre mis piernas. Ignorando su expresión asustada, le abrí la bata y la empujé a la tumbona. Destrocé el conjunto de encaje negro y azul que se interponía entre mis ganas y el cuerpo tan deseado. Parecía asustada, pero ni una palabra salió de sus labios. Era la luz verde que estaba esperando.

Mi boca alcanzó su piel desnuda. Apreté en mis manos la exuberante redondez de sus pechos. Mordí, chupé, los botones rosas que me obsesionaban desde que los vi por primera vez a través de mis prismáticos. Levanté la cabeza y busqué su rostro. Me enloqueció la manera en que se mordía los labios. Mis dedos encontraron su sexo, y me perdí en ella sosteniendo su mirada.

—Esta vez, quiero escucharte. Quiero ver tus ojos cuando te corras para mí. Regálame una entrega que me quite el sueño de por vida.

—William, no puedo hacer...

El tenue gemido interrumpió sus palabras. Mis dedos, ensañándose en el más sensible botón de su cuerpo, la hicieron olvidar la vergüenza y el miedo.

Mi mente me bombardeaba con los recuerdos de los mensajes que compartíamos. Me recordó el momento exacto en que ella confesó que se masturbaba acostada en la cama junto a él, que prefería hacerlo antes de que la tocara, que era experta en orgasmos mudos; pero eso se terminaba en ese lugar, en ese instante.

—No, no cierres los ojos, mírame. Grita, por favor.

Negó con la cabeza y apartó la mirada.

—Déjate llevar, Isabela. Abre la boca y respira profundo por ella.

En el momento en que lo hizo, mis dedos invadieron su cuerpo, justo hasta presionar el punto G. El gemido que escapó de su boca nos sorprendió a ambos.

Mi cuerpo se contrajo ante la súplica en esos ojos azules. No necesité más, puse las manos bajo sus nalgas y la levanté hacia mí.

El grito de Isabela, al sentir mi boca recorrer hasta el último rincón de su sexo, despertó algo primitivo en mí, algo que en otra época, y con otra mujer, me hubiera asustado.

Sus gemidos, aferrada al borde de la tumbona, acabaron con mi razón. Chupé el sensible botón mientras ella se retorció entre mis manos. Isabela estaba a punto de un orgasmo con el que había soñado cada noche. La sostuve como pude. Necesitaba sentir el palpitar de su carne cuando el momento llegara.

Dejó de resistirse. Se entregó a sentir y yo reventé de deseo con solo ver y oír la pasión de esa nueva mujer. Sus gemidos se convirtieron en sollozos cuando su cuerpo se contrajo entre mis manos.

La atraje hacia mí y besé su boca como si fuera lo último que haría en mi vida. Estuve a punto de gritar de alegría cuando sentí sus manos perderse en mi cabello.

La abracé hasta que se calmó, acaricié cada centímetro de su cuerpo con una delicadeza contraria al desenfreno de minutos antes. Cuando sus ojos me buscaron, me levanté con ella en brazos. La dejé sobre el suelo de la terraza y le cerré la bata.

—No te prometo la vida perfecta, pero vas a ser amada y deseada como nunca nadie lo ha sido. Puedo darte todo lo que has soñado y más, es tu decisión. No volveré a buscarte, mi bella Isabela. Tienes mi número, ahora depende de ti.

—No, no te vayas ahora.

Me obligué a ignorar sus deseos, su desconcierto ante mi actitud. Ella merecía más que sexo de ocasión. No iba a arriesgarme a que pensara que podía tenerme, y a él. Conmigo era todo o nada aunque dejarla doliera a rabiar.

Salté sobre la barandilla. Me perdí en el bosque en una lucha a muerte contra las ganas de voltearme a verla.



Han pasado tres meses y nueve días desde que la tuve en mis brazos en aquella terraza. Ni siquiera una llamada. Me consolé pensando que, al menos, aposté todas mis cartas. Perdí, pero lo hice luchando hasta el último minuto, y fue una batalla que valió la pena pelear.

Fue difícil resistir la tentación de volver a mi lugar de observación, pero no iba a faltar a mi palabra. Mucho menos a torturarme al verla viviendo la vida de la que quiso huir.

Me ahogué en trabajo para sacar a mi bella Isabela de mi mente. Fue en vano, todo me la recordaba. Ya no iba de compras al súper donde por primera vez hablamos: temía encontrarla o que el bondadoso señor Patel me preguntara o hablara de ella.

Había perdido mucho en mi vida, pero nada me dolió más que su rechazo. La oportunidad de tener las cosas que ni siquiera me había atrevido a soñar, y que con ella creí posibles, se esfumó.

Escribí sobre nosotros en mi blog. Tenía que hacerlo. Había contado mi vida entera en él e Isabela era una parte pequeña, aun así, muy importante de ella. Vací mi alma en el último artículo. Lo hice por ambos. Después de leer tantas historias oscuras, esperaba que hubiese leído lo que su efímera presencia me causó. Fue un último y desesperado intento por atraerla a mi vida... y fallé.

Mi madre me esperaba para almorzar. No lo había mencionado, pero sabía que había leído lo que escribí y, por cómo se comportaba, debía parecerle que necesitaba que recogieran los pedazos rotos de mi corazón; sin embargo, no era así. Siendo sinceros, llegué a pensar que el rechazo de Isabela

era el merecido castigo por tantas mujeres que lastimé, de una manera u otra, a lo largo de mi vida.

El timbre de la entrada detuvo mis pensamientos. El auto de una compañía de entregas apareció en la pantalla. Salí y esperé a que se detuviera en la entrada principal. Después de un rápido saludo, el conductor sacó de la parte trasera un paquete. No había ordenado nada y las dimensiones de esa entrega desataron mi imaginación.

El hombre se acercó a mí. Juraría que vi una media sonrisa en su rostro. No le di importancia, pero su nerviosismo me hizo sentir incómodo.

—No he pedido nada.

—Firme, por favor. Ella insistió en que lo aceptara.

«No te atrevas a mandarme un regalo de despedida, Isabela. No lo hagas. No invoques al hombre contra el que luché cada día», pensé con el ceño fruncido y el corazón latiendo descontrolado en mi pecho mientras firmaba los documentos.

Cerré la puerta y rasgué la envoltura. Los tonos verdes y naranjas de una pintura abstracta me hicieron dar un paso hacia atrás. Un sobre cayó al piso. Mi mano temblaba cuando lo levanté. Las palabras comenzaron a tomar forma ante mis ojos:

Este se llama Esperanza. Es mi primer regalo para la casa que compartiremos. La pintura que sabiamente bautizaste Agonía, la quemé cuando lo abandoné.

Me gusta tu terraza. Ya me imagino tomando el café, sentada en tus piernas.

Como tú, también me gusta nadar en las mañanas.

Quiero la habitación con vistas al lago para mi estudio de pintura.

La música que escuchas mientras cocinas me parece perfecta. Encarga un delantal a juego con ese tan chulo que tienes, porque a partir de hoy, cocinaremos juntos.

Me quedé sin aliento, porque había dejado de respirar con cada palabra. El toque en la puerta me estremeció.

«No sueñes. No te adelantes, William, y el dolor será menor», pensaba mientras me acercaba.

La figura en el umbral sonrió tímidamente y yo perdí el control cuando saltó a mis brazos. La fundí a mi cuerpo para asegurarme de que no era una ilusión. La arrastré al interior de la casa, besándola, acariciándola, con el desespero de quien se creyó perdido para siempre en la oscuridad de sus días, hasta que el sol apareció en su puerta.

—No es un sueño. ¿Cómo estás aquí?

—No lo es —sonrió Isabela—. Vine en el auto de la entrega. Me costó mucho convencer al conductor.

Volví a besarla. Me quedé con ella en mis brazos sintiendo el latir de su corazón, escuchando los gemidos que había recordado cada día. Fue entonces que sus palabras volvieron a mi mente.

Esa mujer sabía cosas de mí que jamás había escrito. Supuse que era imposible acceder a mi casa, pero ella lo había hecho. ¿De qué otra forma podría saberlo? Si había logrado colarse en mi propiedad, iba a demandar a mi compañía de seguridad.

—Tienes que explicarme cómo sabes las cosas que escribiste. Soy un fanático de la privacidad.

—Cosa rara, teniendo en cuenta que no respetas la privacidad ajena.

—*Touché*, mi bella Isabela.

—Fue tu madre. Ella me dio toda la información. Me trajo a la casa.

—No imagino a mi madre haciendo algo así. Ahora más que nunca tengo miedo de que esto sea un sueño.

—Fui a verla. Le dije que yo era la mujer de tu último artículo. Ella solo tuvo que mirarme para saber que estaba lista para aceptar todo lo que me prometiste. ¿Siguen en pie tus promesas?

La mirada provocativa, con ese mohín de su preciosa boca, me hizo reír. La levanté en brazos y caminé a las escaleras.

—Voy a darte una pequeña muestra de hasta donde se mantienen en pie mis promesas, pequeña fresca.

Cine y palomitas



Llevábamos chateando un tiempo y la atracción era evidente. Por fin dimos el paso para conocernos y quedamos para una tarde de cine. Nada más de vernos, nos dimos cuenta de que esa atracción era más fuerte en persona. Fuimos al cine a ver una peli cualquiera y compramos palomitas. La peli era un tostón, la verdad; pero el estar a su lado a oscuras y con esa atracción, hacía que el ambiente fuese excitante.

En un momento sin que me diese cuenta, me quita de las manos la caja de palomitas y yo pienso: «¿Qué hace? ¿Acaso se cree que son todas para él?».

—Perdona, ¿me vas a dar o qué? —le digo después de girar a verlo.

—Si quieres, cógelas —responde y ni corto ni perezoso se mete un puñado en la boca.

Pienso para mí: «este no sabe con quién juega», así que, sin darle vueltas, empiezo a meterle la lengua y a besarlo, mientras me voy comiendo una a una las palomitas.

Saboreo toda su boca, sus labios y me gusta esa mezcla de sal y deseo. Mientras lo beso, cojo la caja de palomitas y pienso: «esta es la mía».

—Quiero palomitas —dice y me mira.

Le observo, con esa mirada que siempre pongo cuando el deseo y el juego se apoderan de mí, y sin pensarlo, me meto un puñado entre el sujetador y las tetas.

—Si quieres, ya sabes dónde están —aclaro.

No sé lo que pasa por su cabeza, pero se pone a besarme, desde el cuello hasta llegar a mis pechos y entre chupetón y chupetón, va comiendo palomitas.

No pone reparos en atender mis pezones que ya están duros y erectos. Me tiene totalmente excitada sobrepasada, y no me doy cuenta de que me quita la caja otra vez.

Esto se está convirtiendo en un juego, en un tira y afloja, pero me gusta. Es morboso, estamos en el cine rodeados de gente. De repente veo cómo se mete un puñado de palomitas entre el pantalón y su paquete, y me dice:

—¿Quieres más?, pues ven a por ellas.

No me lo pienso, estoy deseando saborear ese miembro que ya está marcando el pantalón y se ve duro y grueso. Me planto de rodillas a sus pies, poco a poco voy deslizando la cremallera del pantalón y él me ayuda para facilitar la tarea. Aprovecho y le subo la camiseta para poder ver y tocar su torso. Poco a poco, empiezo a meter mi lengua en su paquete. Está lleno de palomitas, y al comérmelas de una a una, estoy muy excitada, así que empiezo a dar bocados para poder llegar a lo que realmente quiero. Meterme en la boca ese pedazo de miembro que me está llamando. Lo quiero todo para mí, de pronto y en el mejor momento, encienden las luces. «Mierda la peli se ha acabado y quiero más».

Intentamos recomponernos, pero es difícil, estamos los dos con un calentón importante, así que llegamos de los últimos a la cola para salir. Mientras estamos haciendo cola, noto como me rodea con los brazos. Por detrás, me pega a él y me sube los leggins hasta que marca mi zona íntima. Está tan pegado a mi cuerpo, que noto toda su excitación en mi espalda, y eso, hace que me excite más. Empieza a acariciarme y me abre de piernas para que pueda trabajar mejor. Me está empapando y juega a su antojo con mi clítoris.

Cuando ya nota que estoy suficiente mojada empieza a profundizar. Con su pene en mis adentros, me cierra las piernas para que pueda notar, en todo su esplendor, lo dura y gruesa que la tiene. Sigue acariciando mis partes y besando mi cuello.

No puedo más, necesito correrme, necesito desfogar un poco o voy a acabar en combustión espontánea, así que le susurro que vayamos a los baños.

—Necesito tu boca donde están tus manos. —Nada más al entrar, se arrodilla en frente de mí.

Estoy apoyada en los lavabos y parece tener la intención de bajarme los leggins.

—No, quiero tu lengua. Solo tu boca contra mi coño.

Vestida quiero sentir ese roce placentero que te da la ropa cuando se arruga mientras él absorbe, chupa y lame como un loco desquiciado todo mi placer.

Cuando ya no puedo más, le ofrezco ir al coche.

Tengo cosas en mente, necesito que sea rápido y está cerca. Nos montamos en el coche y le digo que se ponga a conducir. Dónde sea me da igual, no tengo planeado llegar a ningún sitio específico.

Mientras conduce, me quedo mirándolo y empiezo a acariciarle el cuello, los brazos y las piernas, poco a poco, llego hasta su entrepierna y empiezo a masajear. Se pone duro enseguida, reacciona a mis caricias, y eso, hace que mi deseo aumente.

Me siento poderosa porque él no puede hacer mucho más que, concentrarse en conducir, mientras yo le voy pasando la lengua por toda su longitud. La saboreo a gusto sin dejarme nada, absorbiendo, chupando ese glande que está tan hinchado y que pide más.

De pronto, noto que detiene el coche a un lado de la carretera. Me separo y sin darme cuenta, me lleva a la parte de

atrás del coche y de un tirón me arranca los leggins y pienso: «Bien, he despertado a la bestia, ahora viene lo bueno».

Empieza a lamer todo, mi coño está desatado y, no se deja nada sin lamer y morder. Estoy retorciéndome del placer que me está dando, sabe perfectamente como complacer a una mujer.

Tengo las piernas temblando y las aprieto a su cabeza para poder sentir más, sabe mi orgasmo que ya está asomando. Cuando nota que estoy empapada y a punto, me da un condón para que se lo ponga. Como estoy superexcitada, me lo pongo entre los labios para colocárselo con la boca. Eso hace que de un brinco del gusto y se endurece aún más.

Cuando ya lo tiene puesto me agarra de las piernas y de un tiro seco, las coloca encima de los hombros y empieza a meterla despacio. Poco a poco, para que pueda sentir cómo entra hasta el fondo, la noto muy dura y gruesa. Cuesta que entre, pero que esté tan excitada le facilita la faena. Empieza a entrar y salir, a mayor velocidad está haciendo que me vuelva loca de placer. Me da la vuelta y me pone a 4 patas y, cogiéndome de las manos detrás de la espalda, empieza otra vez a bombear en mi interior. Estoy con la cara contra el cristal y solo noto placer y excitación. Hacía mucho tiempo que no estaba tan mojada y desatada, esta posición hace que note más su polla en mi interior y eso hace que mi orgasmo esté más cerca que nunca.

Me tiene cogida del pelo y de vez en cuando, me azota. Él no lo sabe, pero desata mi bestia interior. Me revuelvo, me monto a horcajadas encima de él y empiezo a cabalgar. Primero por delante y después de espaldas. Estoy que me salgo, no quiero que acabe, necesito más, pero ya estoy notando como está al límite, y yo también.

Cambian las tornas y volvemos a la primera posición, ese cambio hace que mi orgasmo sea inminente y tengo uno de esos que hacen temblar las piernas y todo tu ser. Él ralentiza la velocidad para dejarme que me recomponga y se lo agradezco. Sé que está en el límite, empiezo moviendo las caderas, y los espasmos de mi propio orgasmo hacen que esté a punto de correrse.

—No te corras dentro, necesito sentirte en mis pechos.

Me lo concede y sale, se quita el condón y empieza a masturbarse para mí. Me gusta mirar a un hombre y ver cómo se da placer. En pocos minutos, toco y siento, se contrae y se corre encima de mis pechos.

Ha sido espectacular, digno de repetir.

Un encuentro con el pasado



Llevaba tiempo divagando sobre qué dirección seguir. Casi veinte años como jefe de traumatología del hospital Saint Johns podían agotar a cualquiera.

No me consideraba un vampiro, pero mi ritmo circadiano funcionaba en contra de las agujas del reloj y no me importaba para nada.

Con mi mejor amigo, Jack, que era igual de demagogo que yo, solíamos «dar el ejemplo» a nuestros alumnos enseñando o mostrándoles lo importante que era el cuidado del alma, el cuerpo sano y toda esa mierda que, de acuerdo con los libros, era lo que un mentor debía enseñar.

Fueron años de compartir la misma pasión y cantidad de jornadas estresantes, además de la infinidad de horas extra que nunca quedaron registradas.

Con facilidad olvidaba aquel concepto que me parecía de otro planeta, llamado: «vida».

El loco ritmo del hospital, pacientes entrando y saliendo, algunos con las extremidades a la altura del cuello y siempre, con urgencias e imprevistos. Era raro que llegara algo nuevo, al menos a mi área. ¿Poco sensible? Tal vez, pero después de tanto tiempo haciendo lo mismo, eran pocas las novedades.

Además, como mi subespecialidad era la traumatología deportiva, estaba más que acostumbrado a ver rodillas, costillas y hombros despedazados de las maneras más creativas y sangrientas.

Había perdido la cuenta de la última vez en que hice algo que no fuera trabajar y, la partida de mi mejor amigo, me hizo recordar que existía el tiempo libre.

Él acababa de regresar a Londres después de veinte años como asesor general de The Flyers, el mejor equipo de rugby del

país, dejando en su lugar, a uno de los jugadores más impresionantes que había conocido.

Sin planificarlo trabajamos codo a codo, Jack llevándolos a dar lo mejor de sí mismos y yo, reparando y enmendando sus heridas.

Pero veinte años haciendo lo mismo y un pequeño juego del destino, lo llevaron a abordar un avión y volver a sus raíces en Inglaterra.

—¿Andrew? —dijo la secretaria del director del hospital cuando llegué el lunes por la mañana.

—¿Mmm?

—¿Doctor Craig? —insistió—. El director Fontaine desea recordarle que «no quiere verlo», al menos por los próximos treinta días.

—Muy graciosa, Marie.

—Lo siento, Andrew. Tengo pocas ocasiones para decir cosas como esa, y menos aún, de decírtelas a ti.

—Y, ¿qué se supone que voy a hacer durante los próximos treinta días?

—No tengo idea, ir de vacaciones, buscarte una vida, iyo qué sé!

—En serio, Marie...

—En serio, Andrew.

El director del hospital me tenía cansado con la insistencia de que cogiera al menos treinta días de vacaciones, habían comenzado a hacer auditorías en el área de recursos humanos y yo, tenía más de siete meses acumulados de vacaciones que, si sacábamos una cuenta simple, correspondían a más de ocho años sin hacer uso de ellas. Para «regularizar» mi situación, me había exigido desaparecer por veinte días hábiles, es decir, un mes.

Pensé en visitar a Jack en Londres, pero como se encontraba en plena pretemporada, mis opciones eran

acompañarlo y ver los entrenamientos, o visitar la ciudad y lo que se me ocurriera para matar el tiempo.

A última hora cancelé el viaje y decidí quedarme en mi apartamento. Llevaba dos años viviendo ahí y todavía tenía cajas de la mudanza que nunca abrí.

En el primer día de mis vacaciones, después de correr veinte kilómetros por la plaza central, remé una hora en la máquina que guardaba en una de las «habitaciones de invitados», al final del pasillo.

Con tres de ellas y tres baños, mi apartamento era muchísimo más grande de lo necesario para una sola persona. En una había instalado la remadora y en la otra no había absolutamente nada. Cuando lo compré pensé solo en la oferta de los vendedores y la oportunidad de inversión.

La campanilla del timbre sonó tres veces y como no recibía visitas y no recordaba haber comprado nada en internet, caminé desorientado.

—¡Hola! —una mujer alta que estaba de espaldas a la puerta, mirando algo detrás de ella, se dio la vuelta justo cuando abrí.

—¿Andrew? —Su cara de sorpresa de seguro era espejo de la mía.

—¿Zoe?... Pero... —la última vez que la vi fue cuando nos graduamos de la escuela de medicina.

—¿Qué haces aquí? —preguntó como si no tuviera derecho a estar en mi propia casa.

—Vivo aquí, ¿y tú?

—Mmm, pues... me acabo de mudar al 5 B.

—Oh... pues... —no podía creerlo—, ¡bienvenida al edificio! —agregué incapaz de disimular la sorpresa.

—No puedo creer que después de veinte años... ahora... seamos vecinos.

Zoe era una mujer alta y delgada, llevaba el cabello en un moño suelto sujeto con un palito chino, un par de pantalones negros de yoga, una camiseta rosa amarrada a la cintura y las

manos llenas de polvo. Sus ojos marrones que antes de que asimilara que era yo quien le había abierto la puerta sonreían, habían dejado de hacerlo.

—Vecino —hizo un gesto que podría haber sido interpretado como sonrisa, pero que no alcanzó a llegar a su boca—, siento mucho molestar tan temprano un domingo, pero me quedé fuera y necesito un teléfono para llamar al cerrajero.

—¿Fuera?

—Se me quedaron las llaves adentro cuando fui a sacar la basura.

—Adelante, por favor —sentí un escalofrío en la espalda cuando la vi dar un par de pasos hacia la sala. Eran tantas las preguntas y sensaciones que me provocó en un segundo, que me apreté los ojos con los dedos y después, hice todo lo posible para no apretar los puños.

Suspiró, miró a su alrededor y limpiándose las manos en la fina tela negra de sus pantalones, me miró de arriba abajo.

La tensión podría haberse cortado con tijeras y sentí el corazón en la garganta.

—Un segundo —sonreí sin saber por qué, desaparecí por el pasillo rumbo a mi habitación y cogí el móvil que se estaba cargando en mi mesa de noche.

—Aquí —se lo entregué y me quedé mudo. Un par de finas marcas de expresión aparecieron alrededor de sus ojos y un perfecto hoyuelo en la mejilla me saludó calurosamente.

—Gracias —deslizó los dedos por el ícono verde y marcó.

—¿Te sabes de memoria el número del cerrajero?

—Oh... no, es el de una amiga. Suele perder sus llaves y por lo mismo, estoy segura de que lo tiene a mano. —Se llevó el móvil al oído.

—¡Hola! Siento molestar, —sonrió de nuevo y esas marcas de expresión, hicieron que su sonrisa me llevara al tren del recuerdo. ¿Era posible que fuera incluso más hermosa?—. Acabo de dejarme las llaves y el teléfono en mi nuevo apartamento.

Silencio.

—¿Ajá?

Silencio.

—¿Cuánto? Nooo. —Se pasó la mano por la frente—. Tienes la dirección, ¿verdad?

Silencio.

—Sí, en el 5 B.

Silencio.

—Vale, gracias. Eres una diosa.

Terminó la llamada y trató de limpiar el móvil con la camiseta y cuando se levantó la tela, pude ver el resto de ella, ese abdomen definido que recordaba tan bien y por el que más de una vez pasé la lengua. ¿Qué mierda? Habría sido más adecuado que pensara eso con otra, pero no con ella... Porque Zoe no era cualquiera.

—Muchas gracias, Andrew.

—Claro. —No podía creer que estuviera frente a mí y sentí que debía buscar alguna excusa para que permaneciera en mi apartamento más tiempo—. Y, ¿cuánto tardará el cerrajero?

—Al menos media hora. —Miró el reloj—. Vive fuera de la ciudad y los fines de semana solo trabaja en casos de emergencia.

—Pues, ¿te apetece beber algo? —Debía comenzar por algún lugar.

—Muchas gracias, pero no quiero molestarte.

—No es ninguna molestia, de verdad. —Me acerqué a la nevera y saqué una botella de agua.

Me quedé mirándola como si fuera un tonto y en vez de concentrarme en el presente, recordé nuestros últimos días juntos, aquellos que terminaron en promesas sin cumplir.

Después de recibir la noticia de que no había sido seleccionada para trabajar en el hospital Saint Johns ni en el hospital Central, cambió como si los tres años que llevábamos viviendo juntos nunca hubiesen existido.

Dos días después, desapareció y nunca más volví a saber de ella. Ahora, se presentaba en la puerta de mi apartamento, con las manos llenas de polvo y el cabello alborotado.

—¿Así que compraste el apartamento? —pregunté cuando sentí que el silencio comenzaría a matarme.

—No. Lo alquilaré por un par de meses. Aún hay cosas que debo resolver antes de decidir si voy a quedarme.

—Y, ¿de qué depende?

—Andrew...

—¿De qué depende?

—No es asunto tuyo.

—Oh, sí que lo es. Serás mi vecina. —Apreté los puños.

—Acaso, ¿no te gusta la idea?

—Sabes a qué me refiero.

—Pues, no.

—Zoe, han pasado veinte años.

—Cierto y eso, es mucho tiempo. —Se levantó del sofá, dejó la botella de agua en la mesa y se pasó las manos por el cabello.

—¿Dónde fuiste?

—Andrew...

—¿Por qué te fuiste? —No pude evitarlo y tomé su muñeca con fuerza.

—No vale la pena revolver el pasado.

—¿Estás casada?, ¿tienes hijos?

—No hagamos esto, ¿quieres? No vale la pena. —Trató de zafar, pero apreté con más fuerza.

—Responde... me lo debes.

—Yo...

—Te fuiste sin decir nada... Íbamos a casarnos... Tú y yo teníamos planes, sueños y huiste sin decir nada. —La solté.

—Andrew...

—¡Zoe, por favor! No puedes pensar que después de tanto tiempo no quiero saber qué fue lo que sucedió contigo. —Me agarré el pelo con las dos manos—. Necesito saber qué pasó contigo... te desvaneciste de la noche a la mañana.

—No estoy casada y no tengo hijos, ¿contento?, —tomó aire—, ¿y tú?

—Lo mismo.

—¿Ni esposa ni hijos? —Negué con la cabeza. Ella fue quien me quitó la ilusión de tener familia el día que tomó sus maletas y me dejó en el ayuntamiento.

Ni siquiera una nota, solo las llaves del apartamento sobre la isla de la cocina y el armario vacío.

—Tenemos que hablar. —insistí, pero el sonido de golpes en el pasillo nos hizo salir del momento.

—Creo que ha llegado el cerrajero. —Caminó en dirección a la puerta y se fue, con la misma facilidad con la que salió de mi vida veinte años atrás.

—Zoe...

—Gracias por el teléfono. Adiós, Andrew.

La seguí y después de corroborar que era el hombre que abriría su apartamento, volví al mío y me apoyé de espaldas a la puerta cuando la cerré, dejándola a ella y mi pasado en el pasillo.

Jamás pensé que volvería a verla, había perdido la esperanza de volver a encontrarla y del mismo modo, intenté hacerme una vida. Pero en esa vida, mis anhelos de futuro no existían, mis deseos de encontrar a alguien se evaporaron cuando me di cuenta de que la buscaba en cada mujer que conocía.

Jack me lo repitió miles de veces, pero como su situación tampoco era tan diferente de la mía, solíamos lamernos las heridas con una cerveza después de los partidos de los domingos, con unos tragos en medio de la semana y evadiendo la posibilidad de encontrar a alguien, concentrándonos incluso en citas en línea, encuentros de una sola noche o sencillamente enfocados en nuestro trabajo.

Más de una vez, entendimos el real sentido del dicho: «Estar solo es mejor que estar mal acompañado».

Pero ahora, con Zoe al otro lado de la puerta cruzando el pasillo, con la posibilidad de encontrarme con ella en el ascensor o en algún lugar en la ciudad, todo el castillo de naipes se venía abajo y no podía creerlo.

Por una de sus amigas supe, meses después de que me abandonó, que se había ido de la ciudad y que había aceptado un trabajo de residente en traumatología en un hospital en el Sur.

Era una excelente doctora, pero los cupos para los hospitales Saint Johns y Central eran solo cuatro y ella, estaba en el top 5 de la clase.

En el pecho, sentía que teníamos tanto de qué hablar y al mismo tiempo, tan poco.

Cuando pasó por mi lado, habría jurado que sentí cómo se estremeció, habría puesto las manos al fuego para asegurar que, sintió lo mismo que yo, y que no era precisamente solo el impacto de vernos.

Lo que existió entre nosotros fue mucho más que dos estudiantes de medicina compartiendo sueños, lo que hubo entre nosotros, fue mucho más que eso. Ella lo sabía y yo también.

Me dediqué a abrir las cajas que tenían dos años de polvo acumulado, solo para no pensar en que ella estaba frente a mi puerta. Remé otra hora más y cuando no pude seguir haciéndome el idiota, tomé el coche y salí a dar una vuelta por la ciudad.

Una semana después de la tortura de saber dónde estaba, después de darme una ducha cuando volví de correr, no pude más y crucé el pasillo, cerrando la puerta de mi apartamento detrás de mí.

—¿Estás ahí? —dije desde el otro lado de la puerta. Golpeé tres veces, había visto su coche en el estacionamiento frente al letrero que decía 5 B, por lo que estaba seguro de que la encontraría.

—Hola, Zoe —dije cuando abrió la puerta con un pijama de pantalón corto y una camiseta que con suerte le llegaba al ombligo, tenía el pelo recogido en un moño suelto y parecía recién levantada.

Se veía incluso más sexi que la última vez, aunque ahora y después de no haber podido pegar un ojo, no sabía si era mi imaginación por el cansancio de días sin dormir o por la obsesión en la que se había convertido en mis noches de desvelo.

Nos miramos por varios segundos, ninguno de los dos con intenciones de moverse, quietos y congelados.

—Hola, Andrew.

Una ráfaga de viento frío pasó por el pasillo y sus pezones se endurecieron, al igual que lo hacía mi entrepierna, pero no producto del cambio de temperatura.

—¿Me vas a dejar parado aquí? —pregunté cuando vi que seguía sin moverse—. ¿O me vas a dejar entrar para que podamos hablar?

—No estoy segura de que sea una buena idea. —Podía ver sus pulsaciones, la vena que se le había hinchado en el cuello indicaba que su corazón bombeaba con rapidez.

Se movió hacia el costado sin decir nada y me acerqué para cerrar el espacio que había entre nosotros, sin quitarle los ojos de encima.

—No creo que nos queden muchas cosas de qué hablar ahora. —agregó, y sin darle opciones de que volviera a decir algo, puse una mano en la parte baja de su espalda y con la otra, la hice levantar el rostro y me apoderé de sus labios.

Por un momento pensé que me rechazaría, no tenía intenciones de ser brusco, pero cuando fijó su mirada en mí, puse las dos manos en su cintura, la acerqué a mi cuerpo y la empujé contra la pared después de cerrar la puerta.

—Oh, Dios —gimió contra mi boca mientras buscaba recuperar el aliento.

Abrió los ojos y levantó la vista, con una mezcla de certeza y duda. Mis labios se cerraron sobre los suyos, y el silencio interrumpido por sus gemidos y jadeos, lo dijo todo.

Tomé su boca y la sentí relajarse entre mis brazos, como antes. Trató de tener control del beso, pero le demostré quién estaba al mando deslizando una de mis manos hacia sus nalgas y acercándola a mi erección que estaba en el punto máximo. Gimió mientras la besaba, estaba seguro de que le recordaba quiénes éramos y de que ahora, veinte años después, no tenía escapatoria.

Dejé mi mano caer y vagar en los costados de su cuerpo, avancé centímetro a centímetro desde su boca hasta su cuello, mientras deslizaba la yema de mis dedos entre sus piernas.

—Andrew. —Respiraba con dificultad.

—Dime que no es lo que quieres y me detendré.

Cerró los ojos por un momento y para no perder el equilibrio, enrolló sus dedos en mi cabello.

De ser posible, habría rasgado sus pantalones y su tanga, pero como mi intención no era asustarla, la despojé de todo con un movimiento suave, cuando con los pulgares deslicé su ropa hasta el suelo. Con el trasero desnudo y las piernas semiabiertas, seguía pegada a la pared, atenta cuando alcé la vista para mirarla a los ojos y lamer el borde interior de sus muslos.

Con la lengua, seguí mi camino hasta llegar al lugar donde se encontraba ese triángulo perfecto, me acerqué con la boca hasta ese botón erecto que guardaba la entrada de su glorioso centro y la oí jadear cuando lo agarré con los labios.

Deslicé mis manos y cuando me levanté para llegar de nuevo hacia ella, volví a besarla, dejando que reconociera su propio sabor a través de mis labios.

—Un paso atrás y no saques las manos de la pared. —le dije sin miramientos—. Haré que te arrepientas si lo haces. —Se quedó quieta—. Buena chica. —Casi sin respirar, subió los brazos sobre la cabeza, se cogió las muñecas, mordisqueé su labio inferior y me apoderé de su boca—. Haré que te arrepientas si te mueves.

—¿Mmm?

—No era una pregunta. —Cerró los ojos cuando moví mis manos arriba y abajo, jadeando de anticipación cada vez que besaba su cuello.

Me incliné hacia ella, demostrándole cómo me sentía, froté mi creciente erección contra su vientre, lamí el borde de su oreja y comencé a bajar besando hasta detenerme sobre uno de sus pechos. Me hice de uno de sus pezones y sentí cómo contuvo el aliento.

—Andrew —dijo con la voz apagada.

Tracé un camino directo con el pulgar por su cuerpo y la sentí estremecerse cuando rocé con la yema de los dedos su botón e introduje en ella el dedo medio.

Estaba húmeda, mojada, empapada y sin bajar los brazos de la pared, arqueó sus caderas para empalarse más cuando agregué otro de mis dedos.

Sabía que ella estaba tratando de contener los sonidos y que hacía lo posible para no mostrar el placer que sentía.

—¡Basta! —dijo entre dientes.

—¿Segura? —jadeó con lo que parecía su último aliento

—No, pero... —se soltó de la pared y dejó caer las manos en mi cuello, como si de esa manera se sostuviera a la vida.

—Te dije que no te soltaras de la pared. —Me miró con hambre, como si estuviera ansiosa de saber qué quise decir y qué pensaba hacer al respecto.

Tomé una de sus manos y la puse sobre mi pecho y luego, poco a poco, la llevé hacia mi erección y la hice frotar la palma arriba y abajo.

Como si hubiese recordado mis medidas, abrió los ojos grandes, se mojó los labios y tragó saliva.

Sin darle tregua la llevé hasta el sofá y me senté en el borde. Saqué un condón del bolsillo trasero de mis jeans, me desabroché los pantalones y después de enfundármelo, la hice sentarse a horcajadas sobre mí.

Fue en serio cuando le dije que se arrepentiría. Se alzó enganchando sus brazos alrededor de mis hombros, se dejó caer y se empaló hasta el fondo. Trató de besarme, pero en vez de dejar que llegara a mis labios, empujé hacia arriba hasta sacarle un grito de sorpresa. Me perdí en sus profundidades y juntos comenzamos a cabalgar hacia lo desconocido.

Presioné mis labios en su cuello y la dejé subir y bajar, levantando la presión del aire, aumentando los latidos centrados en mi corazón y en mi entrepierna. Pulsaciones en la punta que la alcanzaban en lo profundo, contracciones en su interior me envolvían hasta el punto en que sentía que en cualquier minuto podría estallar.

Apenas lograba mantener el ritmo y para torturarla aún más, froté mi pulgar entre nosotros mientras cabalgábamos unidos hasta el horizonte.

—Esto se siente increíble —dijo Zoe que subía y bajaba—. No te detengas.

Trató de tomar el control y con las dos manos en las caderas la dirigí con más fuerza, embistiendo, empujando hasta que no nos quedó aire en los pulmones.

—Me voy a... —dijo casi inaudible.

—No, no, no. No hasta que te lo diga.

—Oh, Andrew.

—No. —Solo después de embestir hasta lo más hondo, le di tregua y la dejé ir.

Un par de minutos, tal vez, fueron los que demoramos en bajar del punto máximo, todavía agitados.

—Eso estuvo...

—Sí. —Besé su mejilla.

Se levantó y sin decir palabras fue al baño y cerró la puerta tras ella. Escuché el agua escurrir en el lavabo, me saqué el condón y lo até para tirarlo al bote de la basura.

—Zoe. —No respondió—. ¡Zoe! —Golpeé como un lunático.

—¿Qué quieres? —dijo cuando abrió la puerta y caminó dos pasos hacia mí.

—Tenemos que hablar. —insistí con la mandíbula tensa y los puños blancos.

—No.

—Zoe... por favor. —Me apreté los ojos con los dedos.

—Andrew, ha pasado demasiado tiempo como para que hagamos esto. —Se amarró el cinturón de la bata y se ató el cabello—. No tenemos nada de qué hablar.

—¿No?

—No. Esto —indicó con un dedo—, terminó hace años.

No fue arrepentimiento, pero me sentí tan sobrepasado por emociones antiguas, que me abroché los pantalones, crucé el umbral de la puerta y regresé a mi apartamento.

Después de eso, no volví a encontrarme con ella ni tampoco hice el intento por golpear la puerta del 5 B. Treinta días de tortura, obligado a no hacer nada más que no fueran intensos entrenamientos, revisión de nuevos casos y tirarme el cabello cuando sentía ganas de cruzar el pasillo.

Parte de mi trabajo era cumplir con ciertos compromisos. Habitualmente buscaba excusas para no asistir, pero después del último mes encerrado, estaba dispuesto a ir donde me dijeran si con eso evitaba seguir sentado mirando la puerta, imaginando cómo enredaría mis dedos en su cabello.

—Bien, llegas temprano —dijo el director Fontaine, apenas me vio llegar al salón de eventos.

—Eso fue lo que me pediste, ¿no es verdad?

—Claro... —sonrió—. Ven, acompáñame, quiero presentarte a alguien.

Caminé a su lado y después de darse mil vueltas, como si yo no conociera la historia, se dedicó a recordarme lo sucedido con el último jefe de traumatología del hospital Central. Fue demandado por mala praxis al prescribir una dosis tóxica a uno de sus pacientes, que, en realidad, era uno de los nuestros.

Después de aquel incidente, todos los hospitales comenzaron con investigaciones en sus propios equipos, para evitar acciones legales o problemas que arrastraran no solo a los médicos, sino que a todos los demás.

Un grupo de hombres elegantemente vestidos, con trajes que parecían salir del armario en ocasiones especiales, se

atropellaban entre sí. Quienquiera que estuviera en el centro, recibía más atención que cualquier otra cosa en el lugar.

—Andrew, deseo presentarte a la doctora Zoe Cameron.
—Se abrió un espacio, di un paso adelante y sentí el corazón en la garganta.

Mi vecina, con un traje rojo de pies a cabeza, el cabello suelto hasta la mitad de la espalda, un labial del mismo color guinda de su atuendo y los ojos marrones tan abiertos como si pareciera querer sacudirse la idea de que estaba viéndome a mí, como si fuera un fantasma.

—Zoe, él es el doctor Andrew Craig, nuestro jefe de traumatología.

—Andrew, ella es la doctora Zoe Cameron, la nueva jefa de traumatología del hospital Central.

**Libro con los ocho relatos
disponible en Amazon y gratis con
Kindle Unlimited**